

En el laberinto. Las izquierdas en el Sur de Europa (1968-1982), de Javier Tébar y Andreu Mayayo*

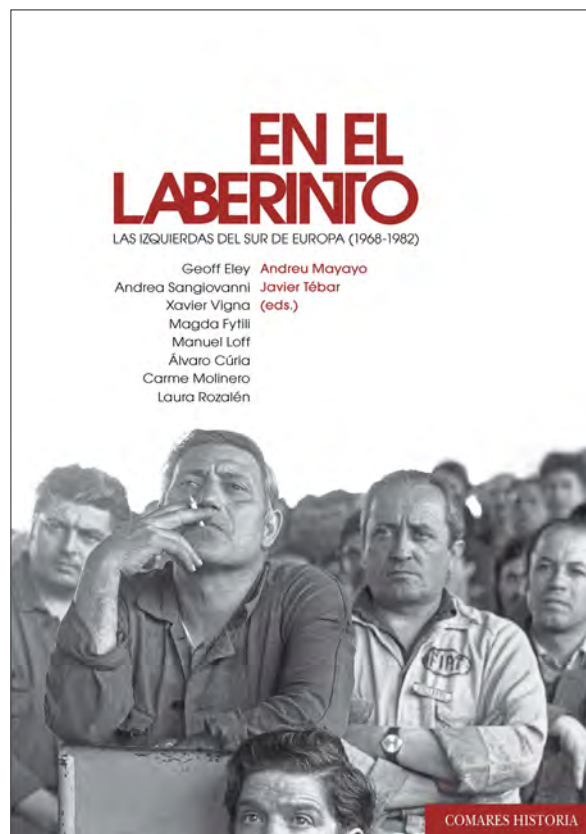
Cristian Ferrer

Universitat Autònoma de Barcelona

La segunda década del siglo XXI que recién acabamos ha estado marcada por la irrupción de novísimos movimientos sociales. Surgidos como reacción a las salidas ofrecidas a la crisis económica de 2008, estos movimientos han tenido una notable capacidad por condicionar la agenda pública y, además, han permitido insuflar nueva vida a las ideas históricas de emancipación de la izquierda en una serie de países.

El 2015 fue, en concreto, un año trepidante para la izquierda europea. En enero, un partido a la izquierda de la socialdemocracia gobernante durante décadas ganó las elecciones legislativas en Grecia. En noviembre, el socialista António Costa alcanzaba un inédito pacto parlamentario con el Partido Comunista Portugués y el *Bloco de Esquerda* cimentado en un programa anti-austeridad para Portugal. A finales de año, había 71 diputados de izquierda alternativa —el 20% de los escaños y el 24% del voto popular— en las Cortes Generales españolas. El adelanto electoral en 2016 y la formación de Unidas Podemos, que obtuvo en conjunto unos apoyos similares, parecía indicar que un nuevo espacio político aupado por un ciclo de movilización ciudadana ha-

*Reseña de: Andreu Mayayo y Javier Tébar (coords.), *En el laberinto. Las izquierdas en el Sur de Europa (1968-1982)*, Granada: Editorial Comares, 2018, 125 pp.



bía llegado para quedarse en España.

Acontecimientos similares se sucedieron en otros países de la Europa del sur. En Francia, donde el Partido Comunista había jugado un papel crucial en la resistencia antifascista y a lo largo de la IV República, después de años de travesía del desierto, parecía estar de nuevo en disposición de ser una fuerza de gobierno. Un Partido Socia-

lista comprometido con las políticas neoliberales y reducido a la irrelevancia parlamentaria erigía la *France Insoumise* —una amplia coalición de comunistas, socialistas de izquierdas, ecologistas y movimientos sociales— como el principal referente de las (maltrechas) izquierdas galas.

Distinta era, ciertamente, la situación en Italia, el país que durante medio siglo contó con el Partido Comunista más grande e influyente de todo Occidente. Pero ni la crisis, ni la austeridad, ni las numerosas protestas que recorrieron la península cristalizaron en nuevas fórmulas políticas desde las que reinventar la izquierda.

Y aunque el bienio 2015-2016 fue, en términos generales, un periodo de avances indiscutibles de las izquierdas, también fueron años en que sus límites quedaron más crudamente al descubierto. La Comisión Europea, el Banco Central y el Fondo Monetario Internacional lograron torcer el brazo a Syriza en Grecia —pese a la gran movilización que supuso el referéndum contra el memorando de la Unión Europea en 2015—, que se vio impelida a aceptar los estrechos marcos de actuación dictados por la Troika. En España, la entente de las izquierdas alternativas —Podemos e Izquierda Unida— parecía no bastar para realizar un *sorpasso* al PSOE, que se entendía como un paso necesario para sacar a la derecha de la Moncloa y dar un giro de 180 grados a las políticas económicas y sociales. La izquierda francesa, por otro lado, mostraba cómo de imprescindible era ir más allá del logrado adelanto electoral a los socialistas, puesto que el malestar social o se canalizaba desde la izquierda o la ultraderecha ocuparía ese lugar, por no mencionar las posibilidades de recomposición del establishment desde el liberalismo de raíces tecnocráticas. El único país que presentó éxitos —modestos, pero éxitos al fin y al cabo— fue Portugal con su pacto parlamentario de izquierdas,

que logró renegociar los límites de gasto con la Unión Europea y reactivar la economía con una política tímidamente expansiva.

Decía Eric Hobsbawm que los historiadores libramos nuestra batallas actuales con trajes de época. O dicho en otros términos, que las preguntas que formulamos a nuestro pasado están siempre mediadas por nuestras preocupaciones presentes. Con el marco de fondo descrito, la Fundación Cipriano García de Comisiones Obreras de Catalunya y *L'Observatori Europeu de Memòries* de la Universitat de Barcelona impulsaron una jornada internacional de debate sobre las izquierdas en la Europa meridional en los años setenta, en colaboración con la revista *Segle XX*, el Centre d'Estudis sobre Dictadures i Democràcies de la UAB y el Museu d'Història de Barcelona. El objetivo implícito era claro: qué puede decirnos el anterior ciclo histórico inaugurado en 1968, y que cerró con la salida neoliberal a la crisis de modelo económico —con ramificaciones en lo político, lo social y lo cultural— en los años setenta, sobre nuestro propio presente.

Andreu Mayayo y Javier Tébar, coordinadores del libro resultante de aquellas jornadas, denominan al movimiento que parece dibujar la izquierda en los años setenta como una parábola. Una línea ascendente seguida por su propia caída. Del inicio de un ciclo de movilización social y política, con *el 68* como fecha emblemática, a su agotamiento en los primeros años ochenta, marcados por el inicio de la contrarrevolución neoliberal. La clausura histórica de toda una época que en nuestro presente se nos antoja similar, con un claro agotamiento de la gobernanza neoliberal al que quizá le siga el comienzo de un nuevo tiempo de ascenso de alternativas fundamentadas en la justicia social y ambiental.

El cuerpo del libro está dividido en seis

capítulos, que corresponden a cinco casos nacionales —Italia, Francia, Grecia, Portugal y España— y una visión panorámica sobre las izquierdas en el marco de la Europa del sur. Éste último es el que abre el libro y va firmado por Geoff Eley. En él, el catedrático de la Universidad de Michigan aborda las adaptaciones tanto tácticas como estratégicas de socialistas y comunistas en el sur de Europa. Esto es, el camino que recorrieron los partidos socialistas en Italia, Francia y España desde el socialismo mediterráneo —como un proyecto que rechazaba ser calificado como socialdemócrata— hacia la moderación programática, en buena medida ya desde el gobierno. E, igualmente, el *aggiornamento* eurocomunista que los partidos comunistas de Italia, España y en menor medida Francia adoptaron como un proceso de adaptación programática a una situación social, económica y política en transformación. Una situación caracterizada por múltiples crisis: de modelo productivo (fordismo), de pautas culturales (irrupción del consumo de masas), de las identidades colectivas (pérdida de centralidad del «sujeto» clase obrera industrial), etc. Para Eley, la necesidad de adaptación a estas nuevas realidades —que se tradujeron en el surgimiento de nuevos movimientos sociales (feminismo, ecologismo, de juventud)— propiciaron que socialistas y comunistas buscaran nuevos mimbres desde los que articular una política de izquierdas que fuera más allá de la defensa de los intereses de una clase obrera cada vez más atomizada.

Andrea Sangiovanni firma el segundo capítulo, dedicado al caso italiano. El texto se mueve entre dos grandes fases de movilización sociopolítica, la iniciada en el «largo 68» (1968-1973) —seguida por un período de transición durante el que surgieron nuevos actores políticos y sociales, se conformaron nuevas demandas y se experimentó con nuevas prácticas de acción

política (1973-1976)— y otro ciclo de movilización en el que cristalizaron las renovadas exigencias sociales en el llamado «77 italiano». Sangiovanni destaca que las consecuencias de la crisis económica nunca fueron plenamente comprendidas por el PCI y que ello le imposibilitó canalizar la mayor parte de las demandas emergentes en el contexto de riesgo para la democracia italiana durante la «estrategia de la tensión». La política de *austerità* propuesta por Berlinguer, entendida como una vía para cambiar las bases fundamentales de la economía y más extensamente de la sociedad, fue respondida por los nuevos movimientos sociales de 1977, que pasaron a reivindicar el consumo como un derecho. Ello revelaba una ruptura cultural profunda en el campo de la izquierda, en el que la autoidentificación fundamentada en el trabajo era rechazada radicalmente como un elemento constitutivo de la identidad individual. El nuevo mundo laboral, fragmentado, terciarizado y precario, era una realidad que estaba pasando inadvertida al PCI, lo que el autor sostiene que fue crucial para que fracasara una alternativa de izquierdas en Italia.

En términos similares explica Xavier Vigna los años setenta en Francia, caracterizados por la crisis del movimiento obrero tradicional y el surgimiento de nuevos movimientos sociales, situación que alteró el equilibrio de fuerzas entre socialistas y comunistas. Vigna rastrea la maduración de actitudes desafiantes en el mundo laboral de las grandes empresas del neocapitalismo contra el orden *científico* del proceso productivo. Los intentos de subversión del orden fabril por parte de los trabajadores no cualificados —entre los que destaca la presencia de sectores subalternos como las mujeres o los inmigrantes— apenas contaría con la adhesión del sindicato CGT, mayoritario en el sector industrial, entre cuyos

cuadros predominaban los militantes del PCF. Para Vigna, situaciones de esta naturaleza —como otras que señala en el ámbito del movimiento ecologista, estudiantil o antimilitarista— revelaban la incapacidad de los comunistas para acomodar las nuevas demandas a su programa político (centralmente obrerista, pero que no atendía a los cambios experimentados en el mercado de trabajo ni en el interior de la propia clase obrera), lo que se tradujo en crecientes tensiones entre la izquierda parlamentaria y los movimientos sociales. Contrariamente, a diferencia de Italia, sería el refundado e ideológicamente más dúctil Partido Socialista el conseguiría devenir una referencia común para segmentos de estos nuevos movimientos sociales (así como entre nuevas clases medias urbanas y tecnocráticas), lo que le erigiría en el elemento central del gobierno de izquierdas formado en 1981.

Distinto es el caso griego que abordar Magda Fytili, en el que se da cuenta de la evolución sociopolítica del país helénico desde el final de la Guerra Civil (1946-1949) hasta los últimos años ochenta. Sin embargo, el grueso del capítulo se centra entre 1974, cuando colapsó la *dictadura de los coroneles*, y 1981, año en que un partido radical que prometía el socialismo —el PASOK— empezó a gobernar el país. Entre medio, años de hegemonía de una derecha renovada que se alzó con el poder bajo la máxima «o Karamanlís o los tanques», durante los cuales, sin embargo, el espacio político de la izquierda pudo recomponerse. La ruptura de la principal organización de la izquierda helena, los comunistas, divididos desde 1968 entre un sector más heterodoxo radicado en el interior y otro más fiel a los postulados moscovitas mayoritario en el exilio, dificultó que el KKE pudiera jugar un papel relevante en los años setenta. Pese a la moderación que ambas facciones protagonizaron durante los años sesenta

—o precisamente por eso mismo—, no consiguieron disputarle al PASOK, que ocupaba un amplio espacio entre la izquierda radical y la socialdemocracia, el liderazgo de la izquierda.

Manuel Loff y Álvaro Cúria sintetizan el desarrollo del fértil campo de la izquierda portuguesa desde la última etapa de la dictadura dirigida por Marcelo Caetano, durante la cual se aceleraron procesos de cambio estructural iniciados en la postguerra mundial y que estuvieron mediatizados por el empantanamiento de las guerras coloniales en Angola, Guinea y Mozambique. Son tres los actores políticos analizados en el contexto abierto por la revolución de 1974: comunistas, izquierda radical y socialistas, siendo los primeros a los que mayor espacio se les dedica. Contrariamente a lo que otras historiografías han venido sosteniendo, para Loff y Cúria la política del PCP durante el periodo revolucionario se habría caracterizado por su búsqueda de una vía propia —nacional— distinta al eurocomunismo y a los postulados de la URSS. Una política que ubicó al PCP como un eje fundamental de las alianzas político-sociales durante la revolución y que le habría permitido —a diferencia del resto de casos analizados en el libro— seguir jugando un papel importante en el periodo postrevolucionario y hasta la actualidad. De las izquierdas radicales lusas se destacan sus similitudes con otros casos europeos, a pesar de lo distinto de sus contextos, teniendo en su haber lograr radicalizar periodos del proceso revolucionario, pero mostrando grandes dificultades para mantenerse en el nuevo contexto democrático-liberal. Por último, se resalta la habilidad de los socialistas por acercarse y distanciarse del PCP en distintos momentos, mostrándose ambiguos a la vez que sus máximos valedores durante el periodo revolucionario, y logrando congeniar apoyos entre la pequeña burguesía urbana y rural,

los trabajadores no sindicados al norte del Duero y los profesionales liberales.

Por último, Carme Molinero expone la aparente paradoja que llevó al PCE de ocupar un papel central en el antifranquismo, a su práctica desintegración a inicios de los años ochenta. Una evolución diametralmente opuesta a la del PSOE, que de entrar en la década de los setenta con una organización atónica y un espacio ideológico disputado por múltiples partidos socialistas de ámbito regional, pasó a lograr en 1982 la mayoría parlamentaria más amplia de la historia reciente de España. Y aunque sería sencillo caer en la tentación teleológica a la hora de explicar este proceso, Molinero resalta su condición contingente, en la que nada estaba escrito de antemano. Como también se destaca en los casos de Italia y Francia, la autora da una gran importancia al contexto económico y a sus sociales que empezaban a dejarse sentir a finales de los setenta —muy particularmente, el paro. Sin embargo, no todo es achacado a procesos estructurales, sino que las decisiones políticas desarrolladas por socialistas y comunistas durante aquel periodo (alianzas políticas, actualizaciones ideológicas y cambios orgánicos) así como sus contradicciones y dificultades. En particular, se resalta las dificultades del PCE por congeniar la cultura de participación de sus militantes en un contexto de institucionalización, lo que acarrió severas críticas de la base militante a sus direcciones que, eventualmente, desgarraron el partido. Por el contrario, la ausencia de una tradición militante homolo-

gable a la del PCE entre las bases del PSOE y su mayor capacidad para atraer la complicidad de sectores diversos de la sociedad, lo catapultaron en el principal referente de la izquierda y, tras la implosión del PCE y de la UCD, a ser el único partido con capacidad de gobernar durante toda la década de los ochenta.

En términos globales las aportaciones originales de los distintos autores son escasas y la perspectiva comparativa —excepto en el texto de Eley, que tiene explícitamente ese propósito— es inexistente. La introducción sirve de nexo de unión de reflexiones no siempre concordantes en sus interpretaciones. Sin embargo, una de las principales aportaciones del libro es ofrecer una visión sintética y actualizada de diversos casos nacionales, de los que no abunda bibliografía en castellano. Un elemento en el que el texto de Fytili aporta valor añadido al lector medio, que pudiéndose manejar en italiano, francés y portugués, no tiene el griego entre sus lenguas de lectura habituales. En definitiva, *En el laberinto* es una síntesis excelente sobre el devenir de la izquierda en la Europa del sur durante la década de los setenta, que tiene en su haber la colaboración de sus principales investigadores. Un espejo en el que la izquierda actual no puede dejar de mirarse, sea con añoranza de un tiempo de fuertes movimientos sociales y de radicalización ideológica, sea con voluntad de conocer mejor cómo un tiempo de enormes expectativas de transformación social en un sentido progresista acabaron alumbrando cuatro décadas de hegemonía neoliberal.